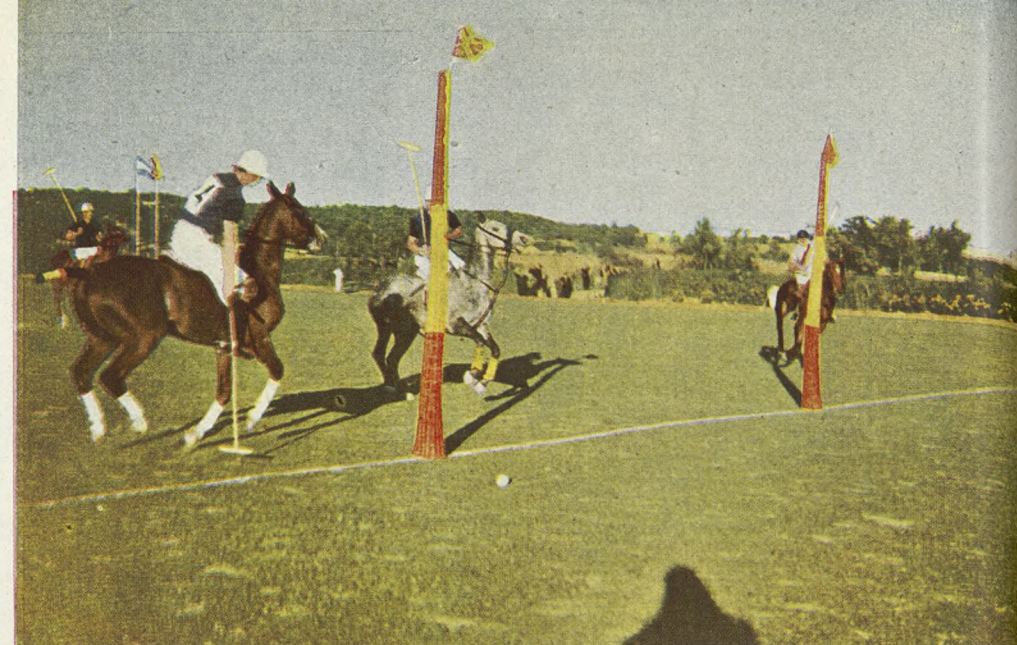


Argentinos y españoles se disputan una pelota durante el magnífico encuentro jugado en Puerta de Hierro, ante la tensa expectación de la mejor sociedad madrileña.



Uno de los tantos del equipo hispano, conseguido en una de sus briosas reacciones, que pusieron de relieve el entusiasmo del conjunto perseguido por la desgracia en distintas ocasiones.



S. E. el Jefe del Estado español y Doña Carmen Polo de Franco, en el encuentro.



Aspecto de la tribuna presidencial durante el emocionante partido de polo Argentina-España.



Uno de los típicos gauchos llegados expresamente para cuidar las espléndidas jacas argentinas.



Los caballistas se dirigen al terreno de juego con sus jacas de reserva.



El equipo platense ataca la meta española y las jacas pamperas hacen gala de su velocidad, dibujando sobre el césped la filigrana equina de sus fintas y galopes.



El equipo argentino, que mostró una clase excepcional, marca brillantemente uno de sus tantos, en fulgurante y espectacular jugada, resuelta con arreglo a la más depurada técnica del polo.



El Jefe del Estado español comenta las incidencias del disputado encuentro.



La tribuna presidencial y los magníficos trofeos, entre ellos la copa donada por el general Perón.

LOS EQUIPOS

ARGENTINA ESPAÑA



Los vencedores Horacio Castilla, Carlos Menditeguy, Julio Menditeguy y Eduardo Bulrich.



López de Carrizosa, Juan Antonio y Rafael Echevarrieta, y José I. Domecq.

POLO EN PUERTA DE HIERRO



El meridiano aristocrático de España pasa sin discusión por Puerta de Hierro. Es un pequeño punto sin sitio apenas en el mapa, pero que ocupa un lugar de privilegio en la geografía de la elegancia. Allí se practican los deportes más señoriales: el polo y el golf. El polo, viril, espectacular y recio, de noble y rancio abolengo español. El golf, reposado y tranquilo, y que en su aparente frivolidad encierra todo un hondo y fino tratado de urbanidad de gran mundo.

Y además, alrededor de las canchas de juego y del césped agujereado por las pequeñas trampas para recibir las bolas más afortunadas, se congrega la mejor selección de la sociedad madrileña y los más distinguidos miembros de la diplomacia extranjera. Todos los nombres que van unidos a los palacios, los árboles genealógicos, las denominaciones ilustres, los altos puestos del Estado y las cancillerías, se barajan y se cruzan en las mesas de té, en los compases de las mejores orquestas y en los momentos de emoción de las pruebas deportivas.

El campo del Real Golf Club de Puerta de Hierro es, en resumen, una brillante y escogida página social, que se abre a la salida de Madrid, entre las definitivas prolongaciones urbanas de la ciudad y los verdes jardines de El Pardo, extrarradio y centro, al mismo tiempo, del orbe político y jerárquico de esta feliz hora hispana. Ahí, en ese campo, se lucen bellezas femeninas y hallazgos de atrevidos modistas, telas y sombreros que evocan esplendores resucitados hoy con mayor fuerza, modelos automovilísticos de fantasía, sonrisas de mujeres y faldas que marcan con anticipación la moda, con el último secreto de la gentileza de sus vuelos extraídos del fondo de los siglos más galantes de la historia. Y todo ello prestigiado por ese patrimonio español de cielo azul con tintes velazqueños, que si pudiera venderse en parcelas obtendría las más elevadas cotizaciones en los mercados mundiales de paisajes con sol.

MUNDO HISPANICO

En este marco incomparable tuvo lugar recientemente un encuentro de polo de especiales y emotivas características. Las tribunas del magnífico campo no habían presentado nunca un aspecto tan impresionante y admirable como en esta coyuntura social y deportiva, en que jinetes argentinos y españoles se disputaron una copa donada por el general Perón.

Más de tres mil personas—en cuya lista se agrupaban los nombres más destacados de las guías nobiliarias—presenciaron este partido, que se vio honrado con la asistencia de S. E. el Jefe del Estado español, a quien acompañaba su esposa, Doña Carmen Polo. Junto al Generalísimo tomó asiento el embajador argentino, señor Radio, con varios miembros de su Embajada. Y en el resto de los lugares preferentes, los ministros españoles de Asuntos Exteriores, Ejército, Aire y Justicia, varios tenientes generales y generales, séquitos respectivos y gran número de autoridades, rodeados de una elegante y gentil representación femenina.

Los polistas argentinos, consumados jinetes y en posesión de todos los secretos de tan distinguido y emocionante deporte—colocación en el campo, penetración y ensamblaje de jugadores, e insuperable destreza para el dominio del mazo—, ofrecieron una maravillosa y aleccionadora exhibición, a la que los españoles respondieron con todo su entusiasmo. Pero la superioridad platense se impuso al fin y ante ella se rindieron noblemente sus contrarios.

Los argentinos tuvieron períodos fulgurantes que causaron sorpresa y entusiasmo entre los espectadores, contrapesados por vibrantes reacciones españolas que no alcanzaron a nivelar la balanza del juego. Con trece tantos a dos, a favor de la Argentina, terminó el espectacular encuentro, cuya diferencia, en opinión de los técnicos, no señaló la distancia real y efectiva entre los dos equipos. Porque si bien la superioridad platense le dio legítimo derecho al triunfo, los españoles se vieron perseguidos por la desgracia en varios tantos hechos y que no subieron al marcador por veleidades de la fortuna.

Gran parte de la superioridad argentina y que contribuyó no poco a su espléndida victoria, vino a residir en sus jacas, más ágiles, potentes y veloces que las españolas. Jacas pamperas de ilustre estirpe, herederas quizá de la sangre ardiente e indomable del gran «Babieca», y que conservan en sus venas, también, el fuego equino de las que recorrieron de punta a punta el continente americano, con preciosa carga de conquistadores y damas castellanas.

Su Excelencia el Generalísimo Franco entregó a los vencedores el trofeo del Presidente argentino, que lo recibieron en medio de incansables aplausos. El equipo platense estuvo integrado por Eduardo Bulrich, Julio y Carlos Menditeguy y Horacio Castilla. Y el cuadro español, por López de Carrizosa, Juan Antonio y Rafael Echevarrieta y José Ignacio Domecq. El arbitraje estuvo a cargo de Harrington y el marqués de Murrieta.

Los polistas de la Argentina se retiraron del campo rodeados por la admiración y el entusiasmo de la mejor sociedad española y extranjera. Y por tierras hidalgas de España han continuado paseando el señorío y la pureza de sus jacas y la técnica inigualable de su juego. Ultimamente renovaron sus triunfos frente al Club Español de Bilbao, aunque ya por más escasa distancia en el tanteo. Los bilbaínos ofrecieron una denodada resistencia, y el marcador señaló un cinco a dos favorable a la Argentina. — V.



En el marco aristocrático de Puerta de Hierro, un grupo de espectadores presencia el partido de polo entre argentinos y españoles, que en todos sus momentos llevó hasta las rebosantes tribunas el aire de la emoción y provocó encendidas ovaciones en honor de los dos equipos contendientes.

LA REVISTA DE 23 PAISES